

Alejandro Sepúlveda Errebé

UN VIAJE
INOLVIDABLE

Alejandro Sepúlveda Errebé

UN VIAJE INOLVIDABLE

c ALEJANDRO SEPÚLVEDA ERREBÉ.

Registro de propiedad intelectual: A- 27424

ISBN.:978-956-368-329-5

Derechos reservados para todos los países.

Se terminó de imprimir esta primera edición

En el mes de enero de 2017

Diseño de portada: Nicolas Muñoz Canales. Fotografía de portada. Estación Mapocho. Archivo Universidad de Chile

Email: alejandrosepulvedaerrebe@gmail.com

Fono: 9 59700785

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro

En Chile y en el exterior.

Ninguna parte podrá ser transmitida o almacenada por ningún medio mecánico, químico, óptico, electrónico o fotocopiado, sin autorización previa del autor.

Impreso en Chile/Printed in Chile.

Para Carla, Alejandro, Irma, Carol y Helen

La escribí sumido en un sueño de infancia

*Mi mariposa de colores, blanca, roja, amarillo, azul; linda
mariposa de colores*

Nota de Agradecimiento.

A Martha Bernal que siempre creyó que valía la pena terminar esta novela.

A mis padres: Hortensia y Carlos.

A José Antonio Torres Bacho. Ellos son la inspiración de este relato que está basado en las fantásticas aventuras de los niños protagonistas, sus familias y también por la entrega de antecedentes de la época.

A la Biblioteca Nacional que me acogió por años en mi búsqueda.

A Ferrocarriles del Estado de Chile.

Bogotá

Noviembre de 2013

La estación de Usaquén, ubicada a 15 kms. del centro de la ciudad, albergaba a un centenar de alegres turistas y paisanos cuando llegamos. La cafetería se había convertido en el refugio ideal para capear el frío mañanero, a la espera del Tren Turístico de la Sabana. En un rincón que exhibía objetos ferroviarios y retratos antiguos, algunos se tomaban fotos y compraban souvenires. El aroma a tinto recién filtrado y la lluvia a punto de caer en la bella Bogotá de los “cielos rotos”, nos obligó a guarecernos con un capuchino bien caliente en las manos. Un rato después, posábamos sonrientes en el mismo rincón de las antigüedades y nos llevábamos un recuerdo.

Dos horas antes me había levantado a regañadientes, sin entender que Martha insistiera tanto en madrugar un día sábado. Estuve a punto de arruinar su sorpresa, pero finalmente salimos a la calle y me dejé guiar. Nos subimos al taxi en dirección a la Transversal N°10 con la Calle 110. Hasta ahí no sabía de qué se trataba, pero intuí una sorpresa. Veinte

minutos después, recibí con asombro y alegría mi anticipado obsequio de cumpleaños: un viaje en el Tren Turístico de la Sabana que corría hasta Zipaquirá, Cundinamarca y nos llevaría hasta la Catedral de Sal. Ella sabía que uno de los amores de mi vida eran los trenes y no se equivocó con el regalo.

Después del capuchino con pan de bono y la sesión fotográfica, salimos de la mano bien arropados a esperar en el andén de la vieja estación. Llevaba años viviendo en la ciudad, y muy de vez en cuando me topaba con el tren en el cruce ferroviario de la 94 con la diagonal 92 para después de unos minutos de espera que se hacían eternos detrás de la barrera de contención, verlo traquetear raudo, como un espejismo del pasado en medio de una ciudad de otro tiempo.

A lo lejos se escuchó el pitazo largo y característico de su acercamiento. La luz potente del farol se divisaba a la distancia y parecía dar guiños a medida que se acercaba. El humo incesante de la chimenea dejaba una huella larga y oscura que se desvanecía con el viento. Minutos después, entró lentamente a la estación y se detuvo a metros de nosotros dando un último jadeo que nos envolvió en una nube de vapor

mágico. Llegó puntualmente desde la estación principal ubicada en el centro de la ciudad y hacía su primera parada para recogernos.

Una imponente y restaurada locomotora de vapor marca Baldwin, de rodaje 4-8-0 estándar, tiraba siete coches clásicos también renovados y transitaba por la trocha angosta de camino a Zipaquirá. Nos subimos en el coche B, asientos once y doce. Me senté junto a la ventana y miré detenidamente el edificio de la estación que me evocó otros tiempos.

Siempre de la mano, la miré y le di las gracias con un beso. Minutos más tarde un pitazo largo avisó la Salida. El convoy se puso en marcha a la hora programada. Algunos pasajeros recorrían los pasillos buscando el mejor asiento. A pesar de la multitud, aún quedaban algunos disponibles. Frente a nosotros, una pareja de ancianos japoneses nos miraba y saludaba en el lenguaje universal de las sonrisas. Martha que tenía los rasgos orientales heredados de su padre, les sonreía e inclinaba la cabeza levemente con respeto.

La lluvia se hizo presente y caía sin cesar. El verde claro oscuro de los cerros y la llanura, parecía más intenso al contacto con el vigorizante aguacero. El

ambiente era festivo y la música a cargo de una Banda ¹Papayera, llenaba de alegría la oscura mañana. Las vendedoras de café recorrían el coche y esta vez nos tomamos un tinto hirviendo.

El suave movimiento me envuelve en un cálido arrullo. Los sonidos del tren llegan a mi mente como testimonio del pasado orgulloso de la restaurada locomotora. Es inevitable viajar en un tren, y no pensar en la niñez llena de magia y tanta nobleza.

El sol aparece tímidamente y se cuela entre las nubes negras dejándonos ver un arcoíris, como presagio de un gran día. El tren continúa su andar y se mueve de un lado a otro sacudiendo a los pasajeros que se divierten con el paseo, pero también remueve mi mente que se funde y organiza en una oleada de recuerdos que me llevan de regreso a mis añoradas raíces. Al primer día... El del primer viaje... El que me dio alas... El que marcó mi existencia y el que recuerdo como el inicio de una vida que me llevó por el mundo en “Un viaje inolvidable”. Eso es la vida, puede ser el cielo o el mismo infierno, pueden ser

¹ Grupo musical pequeño, derivado de grandes bandas de Porros, fandangos y otros aires musicales del caribe Colombiano.

ambos; como sea que uno decida que ocurra, para bien o para mal, será tu vida; única e irrepetible.

La invitación

Enero de 1970

Esa noche no dormí. Nunca imaginé que a partir de ese día, mi vida tomaría un rumbo que marcaría mi aventurera existencia. Me quedé en casa de la tía Norma; la mamá de mi mejor amigo y primo Joselo. Desde ahí, él y yo junto a mi padre, saldríamos de madrugada camino a la Estación Mapocho. Incansablemente hablamos de cómo sería el viaje en tren y lo que haríamos cuando llegáramos a Quintero. Lo comentábamos con mi primo Choche -su hermano menor- con quien compartía habitación, pero que no tendría la suerte de acompañarnos, aunque él también estaba invitado. No logramos entusiasmarlo con la animada conversación y se durmió rápidamente, probablemente con tristeza. La razón del por qué no iría era penosa: una realidad que la tía vivía casi a diario cuando al despertar, su cama amanecía mojada. Estaba contenta por nosotros, pero no quiso

arriesgarse con él y lo dejó en casa durante las vacaciones.

A dormir se ha dicho. Mañana se tienen que levantar temprano era precisamente la voz de la tía que nos llamaba la atención amablemente y apagaba la luz de la habitación para que nos durmiéramos. Con mis ojos bien abiertos en la oscuridad y mi mente sumida en un sueño despierto, imaginaba como sería ese viaje. ¿El mar de verdad era tan grande como decían? Mis emociones de niño no me permitieron cerrar los ojos y si lo hice en algún momento, fue para seguir soñando. No había ocupado un solo minuto de mi vida en viajar, pero ya tenía cientos de horas de experiencia pensando en ello.

¡Ya niños! fue el simple grito de la tía que nos despertó y levantó de manera instantánea. Llenos de entusiasmo y emoción, en un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos en pie. La noche me pareció una eternidad, hasta que por fin y todavía a oscuras se escuchó la orden de levantarse.

Al salir al patio de luz que comunicaba los dormitorios con la sala y la cocina. Las multicolores gazanias y margaritas que rodeaban la fuente de agua, aún dormían y escondían sus pétalos esperando la

luz del sol para develar su hermosura. Solo el canto de los pájaros cautivados por el ruido hipnótico de la vertiente en medio del florido patio, nos decía que el día comenzaba. El amanecer apenas se anunciaba, las estrellas aún estaban ahí, titilando, observando lo que ocurría en casa y mirando de reojo a la montaña, esperando el primer rayo de sol para diluirse mágicamente en el cielo y dar paso a un día de verano caluroso en Santiago. Unas alpargatas nuevas de lona azul, un short de baño, una toalla de colores y mi ropa favorita impecablemente doblada esperaban el día al igual que yo. La noche anterior habíamos empacado una maleta pequeña y una mochila, aunque a decir verdad, desde que me enteré de la invitación todo estaba listo y dispuesto.

Mi primo hermano Guillermo, Ingeniero de Vuelo de la Fuerza Aérea de Chile y destinado desde hacía unos años en la Base Aérea “Ala N°2” en Quintero, visitaba a la familia en Santiago y se comprometía con nosotros para que fuéramos de vacaciones a su casa si pasábamos el año regular de estudio. Recién casado, vivía junto a su bella esposa en la villa que la institución tenía habilitada para el personal militar. Habían pasado tres meses desde aquel día y

la promesa se cumplía. Joselo era un alumno ejemplar, muy inteligente y adelantado a su clase. Por mi parte solo diré que había pasado de curso. Cuando él leía de corrido y se jactaba por ello, yo apenas juntaba las letras para leer -lo que no olvido- mi primera lectura. En medio de la sala de la casa un cuadro “rezaba” así:

*Llevad mi yugo sobre vosotros,
y aprended de mí, que soy manso y humilde de
corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas;
porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.*

— Tomen rápido desayuno — otra vez nos hablaba y al mismo tiempo nos preparaba merienda para el viaje. El papá que se había levantado más temprano, nos esperaba en la puerta de la casa con el taxi que nos llevaría a la estación. Impecablemente vestido, como era usual en él, llevaba puesta una camisa blanca que dejaba lucir su piel morena y sus ojos color almendra, pantalón azul, y zapatos mocasines de color negro que lo hacían ver muy apuesto y tincundo, como decían sus hermanas. Cuando nos vio salir a la calle sonrió. Él también estaba muy contento de salir a vacacionar después de muchos años. Y más feliz aún, porque este sería mi primer viaje.

Yo me voy adelante dije entusiasmado y le gané el quien vive a Joselo que se lamentó. El "viejo" que en ese tiempo tenía 35 años, era todo lo que un niño quiere de un padre: amigo, juguetón y de un carácter a prueba de dos niños revoltosos y desordenados que éramos.

La despedida fue llorada. Nos llenaron de besos y abrazos mientras subíamos al auto. El Choche seguía durmiendo y no se contagió del entusiasmo, muy por el contrario, debió ser muy difícil para él no acompañarnos, y más cuando la razón era la que todos sabíamos.

Nos subimos en un confortable Chevrolet Bel-Air, negro y cromado que parecía una joya. Un lujo de auto y el orgullo del chofer que lucía igualmente agraciado.

Chao, pórtense bien nos decía la tía y sollozaba. Saludos a Guillermo y la Mirtita. Chao chao y agitaba las manos despidiéndonos desde la calle con los ojos aguados. Era la primera vez que Joselo dejaba el hogar y no era fácil desprenderse de él.

Empezaba a clarear y Santiago recién se despertaba. Las calles se veían vacías y los perros hurgaban los basureros buscando la primera comida del día.

La panadería de la esquina estaba cerrada. Solo un par de personas le hacía guardia a las primeras marrquetas calientes. El papá le comunicaba al chofer a dónde íbamos y le sugería una ruta.

_Váyase por la calle Iquique hasta Dolores y de ahí a la ²Alameda.

Claro; después tomamos por Amunátegui hasta la estación contestó el hombre con seguridad. Al salir a la Alameda el tránsito de vehículos aumentó, haciendo el recorrido más lento y tedioso.

No se preocupen: el tren sale un cuarto para las ocho, así que vamos con tiempo nos dijo mirando su reloj. La ansiedad y los nervios estaban estampados en nuestras caras, no podía ser de otra forma, era nuestro primer viaje. El chofer me miró de reojo sonriendo y confirmó con un gesto que íbamos a tiempo. Sin embargo, después de haber avanzado varias cuadras el tránsito se detuvo. Al llegar a la calle Amunátegui, la gente caminada acelerada de un lugar a otro, y el tráfico en el centro de Santiago era aún más lento que hace un rato.

² Avenida principal de Santiago.

_ ¡Señor! Amunátegui está cerrada, algo pasó o va a pasar. Está lleno de Carabineros en la esquina y los “guanacos” están apostados en Teatinos frente a la Moneda. Subiré por Morandé ¿Le parece?_ le comunicaba mirando por el retrovisor y esperando una respuesta.

Dele no más respondió brevemente el papá y volvió a mirar el reloj. El tránsito suspendido provocó un taco por varios minutos. El recorrido era lento y desesperante, dando la impresión que se avanzaba más a pie que en el taxi.

El presidente Allende llevaba apenas unos meses en el poder y ya enfrentaba algunas manifestaciones. El clima político del país era tenso y hasta en la propia familia se daban acaloradas discusiones que más de alguna vez llegaron a las manos.

Ya estamos cerca nos decía nervioso y no dejaba de mirar el reloj _Déjenos aquí en Morandé con San Pablo por favor_ le ordenó mi padre al chofer _Estamos a un par de cuadras, nos vamos a bajar y caminaremos_ avisó escueto. Rápidamente el taxista se estacionó y nos entregó la maleta y las mochilas.

_Chao le gritó Joselo. Nunca perdía la oportunidad de hablar, y el hombre se despidió sonriente, deseándonos buen viaje.

El exceso de vehículos y la lentitud para avanzar impidió que llegáramos hasta la misma estación. Caminábamos muy rápido siguiendo el tranco largo del papá que para nosotros, era casi correr. La mochila que llevaba al hombro me pesaba, pero el entusiasmo, la emoción y los nervios no dejaban que me quejara, y al revés, me impulsaban al ritmo de sus pasos. Lo mismo le pasaba a Joselo que corría del otro lado con la mochila bien cargada y el rostro colmado de ansiedad.

La estación no aparecía por ninguna parte. La inquietud y el deseo de estar sentado en el tren y empezar el viaje eran tan grandes, que las dos supuestas cuadras que nos distanciaban del terminal de ferrocarriles me parecían interminables.

Estamos cerca. Aguanten un poquito más nos decía agitado, hasta que por fin llegamos. El bullicio era ensordecedor. La gente corría con maletas y bullos empujándose para entrar primero a la estación. Como nosotros, había muchos niños que también

llenos de entusiasmo y alegría ayudaban a cargar equipajes.

Menos mal que nos vinimos en taxi. Si nos hubiéramos venido en la micro, todavía estaríamos pegados en la calle Amunátegui decía el papá, celebrando su decisión.

Estación Mapocho

Después del hiperactivo madrugón y estresante trayecto, por fin habíamos llegado. La inquietud y los nervios desaparecieron, y en su lugar la alegría desbordante se adueñaba de los tres.

Un majestuoso edificio de imponente arquitectura neoclásica acogía a cientos de personas que viajaban al litoral central y al norte del país. Tres arcos de doble altura en la fachada blanca, conformaban los accesos que daban la bienvenida a un millar de viajeros. Los vendedores ambulantes se paseaban en medio del gentío que abarrotaba la amplia explanada en frente de la estación, ofreciendo de un cuanto hay para desayunar <*Pan amasado calentito. Calentito el pan amasado*>> Se escuchaba repetidas veces como entonando una canción. La gente corría y se atropellaba para ingresar. Bien pegados al papá que ya nos había advertido varias veces: “donde mis ojos te vean”, entramos con dificultad en dirección a las bo-

leterías. El ambiente era cálido. El sol se colaba generoso por las puertas de hierro vidriadas que ocupaban el frontis, iluminando el acceso principal. En lo alto, inmensas cúpulas de coloridos vitrales llenaban el hall central de alegres destellos multicolores. Nos metimos en medio de la multitud forcejeando y sorteando al paso maletas y bultos, hasta que por fin quedamos en una de las largas filas esperando el turno para sacar los boletos. Minutos después ya estábamos frente a una. El regordete boletero que atendía con rapidez, nos miró a través de unos lentes de gruesos cristales que colgaba equilibradamente sobre su abultada nariz y saludando con brevedad, preguntó el lugar de destino.

Tres pasajes a Quintero. ¡Ah! Dos medios pasajes y uno entero rectificó rápidamente el papá.

Si miden más de un metro les van a cobrar pasaje completo arriba advirtió de reojo el gordito con mirada inquisidora. Al parecer nos encontró muy crecidos y sin duda ambos ya mediamos más que eso, pero el viejo no estaba dispuesto a pagar el pasaje completo de un par de mocosos.

Todavía están chicos murmuró brevemente, casi inaudible, y sin decir más, el inquisitivo gordin-

flón giró a su izquierda en donde había un montón de cartoncitos correctamente ordenados y encasillados por destinos. Sacó los tres boletos y los puso en una pequeña prensa, marcando en cada uno la fecha en la parte superior, y los entregó a cambio de unos escudos. La mayor parte de la gente decía: al puerto. Toda la maniobra no duró más de un minuto, y salimos de ahí caminando rápido entre la multitud que se atropellaba por llegar a la gran puerta de hierro y vidrio empavonado que comunicaba con los andenes. Un hombre vestido de negro la franqueaba. Muy alto y delgado -casi esquelético- era dueño de una voz agradable y formal que pedía ver los boletos de viaje o andén. El papá se los mostró, y él entreabrió la gran puerta que nos comunicó directamente con los sueños.

Detrás de la mampara custodiada por la escuálida figura, amplias escaleras se extendían a todo lo ancho del acceso y bajaban hasta el terraplén de los andenes. Por un instante nos quedamos parados mirando con asombro cada detalle del espectacular recinto. Fue un momento mágico. Gruesas columnas metálicas ubicadas en hileras a ambos costados, servían de soporte a una inmensa cubierta abovedada

que se prolongaba hasta el final de los andenes, dando al escenario una sensación fría y gris, completamente opuesto a la zona del hall central de las boleterías tan lleno de luz y color. Algunos rayos de sol se filtraban por el gigantesco ventanal del frontis superior y atravesaban las sombras como cuchillos luminosos que caían en los andenes entregando algo de luz y calor. Cientos de palomas que albergaba la inmensa bóveda, revoloteaban en lo alto y se posaban en donde el tibio sol de la mañana las acariciara. Solo al final de la inmensa cúpula se dejaba ver un gran arco lleno de cielo azul. Unos metros más abajo el tren nos esperaba. La gente descendía corriendo para subir a tomar asientos y toda la actividad se concentró en su entorno. Extensos andenes cercaban las cuatro líneas de la estación, pero únicamente la primera de la izquierda esperaba viajeros, las demás estaban vacías y solo un par de solitarios coches estacionados en la última de ellas, permanecían silenciosos, esperando tal vez otros viajeros, en otros horarios y destinos. En el cabezal del primer andén un macizo letrero de madera que formaba parte del tope de las vías, indicaba el destino y la hora de salida del tren. Ese día habíamos madrugado, y a pesar de las

dificultades que tuvimos para llegar, lo habíamos logrado.

En línea andén número uno, se encuentra ubicado tren expreso con destino a Valparaíso. Señores pasajeros sírvanse abordar_ se oyó como un estruendo en toda la estación. Algunos se detuvieron a escuchar lo que decía la potente pero difusa voz que nos sacaba de ese instantáneo trance.

— ¡Ya chiquillos! ¡Vamos!_ nos dijo con mucho entusiasmo el papá_ No corran. Vamos a subir en el segundo carro_ señalaba y nosotros si corríamos. Caminaba tan rápido que no había forma de seguirlo si no era al trote. Bajamos las escaleras hasta el terraplén central, y en un dos por tres ya estábamos en el primer andén y el último de los coches. La gente que ya se había instalado en el tren, recibía las maletas, los bultos y hasta los niños más pequeños por las ventanillas. La impaciencia por subir y alcanzar asientos se veía reflejada en cada rostro. Cuando ya nos acercábamos al segundo de los últimos coches con la lengua afuera por el esfuerzo que hacíamos cargando y trotando, nos sorprendió...

Siempre hay una primera vez para todo. Siga estas fantásticas aventuras llenas de magia y romance

Capitulos

Bogotá

La invitación

El viaje

Cuesta el Tabón

El trasbordo

Bienvenida

El mapa

Quientero

La corvina

Los tesoros de Drake

El Cholo Abustín

El regreso

Nota del Autor

